

movimientos de las tropas británicas. Se habian juntado á su ejército nuevos cuerpos de milicias y voluntarios; tenían mas de diez y seis mil hombres; sus posiciones eran inatacables; formaban un círculo alrededor del campamento y lo cercaban por todas partes.

El 12 de octubre se celebró un nuevo consejo de guerra, en que entraron todos los oficiales de estado mayor y todos los capitanes comandantes. Les espuso Burgoyne la situación de ambos ejércitos: en la orilla derecha del Hudson tenían los Americanos á su alrededor mas de catorce mil hombres y una numerosa artillería; en la orilla izquierda tenían mil y quinientos hombres, y ambos cuerpos podian comunicarse por un puente colocado mas abajo de Saratoga. Juzgó el consejo que el único recurso era llegar, durante la noche, sin bagaje alguno, á un vado, que parecia estar aun libre en la parte superior del rio; pero pronto supieron con certeza que el enemigo se habia apoderado de él, y que era dueño de todos los pasos. A la mañana siguiente, se celebró otro consejo de guerra; tenia que decidirse la suerte del ejército; y Burgoyne les manifestó que estaba pronto á emprender á su cabeza toda operación difícil ó arriesgada que sus fuerzas ó su valor pudiesen ejecutar: sin embargo, tenia algunas razones para creer que una capitulación entraba en las miras de todos los que conocian la verdadera situación de las cosas; y en una circunstancia que tocaba tan de cerca al honor nacional y personal, miraba como un deber reunir las opiniones de todo el ejército, consultando los oficiales que le representaban. Sentó en primer lugar esta cuestion: si un ejército, reducido á tres mil y quinientos combatientes, podia capitular sin faltar á los principios de la dignidad nacional y del honor militar. Habiendo decidido el consejo que su situación actual justificaba una capitulación, con tal que los términos de ella fuesen honrosos, el mayor Kingston fué enviado el 14 de octubre al campamento del general Ga-

tes para abrir esta negociacion y para obtener un armisticio mientras durara. Hizo suspender este arreglo la discusion de un solo artículo. Pedian los Americanos que las tropas británicas rindiesen las armas antes de salir de su campamento, pero estas tropas no querian deponerlas sino despues de haberlo abandonado, gozando de los honores concedidos á las guarniciones de las plazas que se habian defendido con valor. Dióseles aquella satisfaccion: Burgoyne firmó la capitulación, y el ejército que mandaba se entregó prisionero (véanse las láminas 61 y 62).

La campaña que tan felizmente habian terminado los Americanos por la parte del norte, no se habia seguido con las mismas ventajas en las orillas del Delaware, á donde habia dirigido el general Howe sus principales fuerzas. Hemos visto que á fines de julio habia abandonado Nueva York y la embocadura del Hudson para dirigir á otro punto sus operaciones militares. Sin duda se habia persuadido, al saber entonces las primeras ventajas de Burgoyne y la pronta reduccion de Ticonderoga y de los fuertes Ana, Eduardo y Jorge, que este general podria fácilmente proseguir su expedicion por sí solo; tambien se creia bastante fuerte para intentar una empresa que fuese aun mas decisiva; y deseando atacar á los Americanos en el centro mismo de su poder, se hizo á la vela con treinta y seis batallones de tropas europeas y algunos otros cuerpos de voluntarios alistados en América. Dejaban en el estado de Nueva York seis mil hombres bajo los órdenes del general Clinton; se habian enviado otros tantos al Rhode-Island, y sir William Howe pensó que estos dos cuerpos bastarian para ocupar y contener, en las orillas del Hudson y en la Nueva Inglaterra, á las tropas americanas destinadas á su defensa.

Se ignoró por mucho tiempo en qué costa deseaba desembarcar; y los vientos contrarios le detuvieron en el mar, durante un mes entero. Solo cuando hubo doblado el cabo May, situado á la entrada del Dela-

ware, se tuvieron los primeros indicios de la direccion que habia tomado. Entonces Washington se apresuró á abandonar las alturas del Nuevo Jersey, donde se habia sostenido con su ejército; llegó al interior de la Pensilvania, atravesó el Schuylkill y se adelantó hasta las orillas del Brandywine, á la otra parte del cual habia ya tomado posicion el ejército inglés. El 25 de agosto habia estese embarcado en el fondo de la bahía de Chesapeake, habia atravesado el alveo del Christiana y ya solo le separaba de los Americanos un rio vadeable en muchos puntos. Contaban por momentos con una batalla que en efecto tuvo lugar el 11 de setiembre al amanecer. Las tropas británicas estaban divididas en dos columnas: la de la derecha, mandada por el general Knyphausen, debia intentar el paso del Brandywine; y la de la izquierda, bajo las órdenes de Cornwallis, estaba encargada de subir por un gran rodeo hácia los diferentes rios que desaguan en el alveo principal. El paso de cada uno de estos rios no ofrecia obstáculo alguno, y Cornwallis debia dar la vuelta á las posiciones del ejército americano; en tanto que Knyphausen, continuando contra este un falso ataque, atraeria sobresi sus fuerzas principales y las pondria fuera de estado de resistir en otros puntos.

Esta estratagemá tuvo un completo y feliz éxito y el ala derecha del ejército americano fué pronto envuelta por las tropas de Cornwallis, sin poderse desembarazar de esta peligrosa posicion. Las ventajas obtenidas por el ala izquierda contra Knyphausen no podian equilibrar ni reparar este perjuicio; se limitaban á contener al enemigo y á disputarle el paso del rio. Washington que primeramente habia empleado en este punto fuerzas numerosas, mudó luego el orden del combate y voló al socorro de su ala derecha, cuyas diferentes brigadas, mandadas por Stephens, Stirling y Sullivan, estaban peleando con el enemigo; pero los movimientos de Cornwallis eran tan rápidos que todos estos tres cuerpos habian sido forza-

dos antes que se pudiese llegar á su socorro. Fueron irreparables estas primeras pérdidas, y llevando á este punto nuevas tropas para restablecer en él el combate, se debilitó el resto del ejército. No habia ya la division del general Waine para contener á la otra parte del Brandywine las tropas de Knyphausen; pasaron el rio y tomaron parte en la victoria. La accion habia durado hasta el anochecer y el general Greene, que mandaba un cuerpo de reserva, no se retiró hasta la entrada de la noche. Las tropas americanas se replegaron precipitadamente sobre Chester, desde donde marcharon á Filadelfia. El ejército habia perdido mil y cuatrocientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Fué menor la pérdida de los Ingleses; habian tenido en todos los puntos la superioridad de las armas.

El marqués de Lafayette, que habia llegado á los Estados Unidos hacia muchos meses, se encontraba en esta jornada y hacia sus primeras armas en favor de los Americanos. De veinte años de edad y animado de sentimientos jenerosos, no habia podido ver sin emocion la carrera que le abria en América al valor y á la gloria militar. El pensamiento de unir su nombre al de los defensores de la independencia habia inflamado su celo, y para buscar este jénero de celebridad habia atravesado el Océano y se habia presentado como voluntario. La batalla de Brandywine hizo notar su valor; en ella salió herido; pero persistió aun en pelear para detener cuanto pudo el desorden de la retirada.

Entre los estranjeros que tomaron parte en este combate se señaló Casimiro Pulawski, intrépido defensor de la confederacion de Bar. Era el único de su familia que hubiese sobrevivido á los reveses de la Polonia, debilitada en 1772 con el primer reparto. Entonces desapareció Pulawski, y su destierro voluntario le salvó del suplicio que le estaba destinado; pero, al saber la insurreccion americana, pasó al nuevo mundo. Los servicios de un guerre-

ro tan hábil y tan valiente hicieron que se le buscara: obtuvo el mando de un cuerpo de caballería y justificó la alta confianza que había inspirado.

No desalentó á los Americanos la pérdida de la batalla de Brandywine. El congreso sostuvo este revés con constancia; mandó nuevos refuerzos para el ejército, y Washington estuvo autorizado para solicitar todas las provisiones necesarias. Habiendo reanimado este general el ardor de sus soldados, se encontraba, cinco dias despues, en presencia del enemigo y estaba pronto á darle un nuevo combate. Habiéndole faltado la ocasion que buscaba, se retiró á los valles superiores del Schuylkill; y entónces pudo dirigirse el general Howe hácia Filadelfia, en donde entró el ejército inglés el 26 de setiembre. Acababa de salir de ella el congreso; se habia trasladado á Lancaster, donde continuaba cuidando con el mismo celo de las necesidades y defensa de la patria.

En seguida fijaron los Ingleses su cuartel general en German-Town, á doce millas al norte de Filadelfia, pero metiéndose en este país habian de dividir sus fuerzas. Cuatro batallones, bajo las órdenes de Cornwallis, quedaron en la capital; otros tres fueron destacados para apoderarse de las fortalezas que interceptaban las comunicaciones de esta plaza con la parte inferior del Delaware é impedian á la escuadra británica llevar al ejército de tierra provisiones y socorros.

El momento, en que se hallaba el general Howe debilitado con estos destacamentos, pareció favorable á Washington para formar otra empresa. Habiendo venido á tomar posesion en las orillas del Schippach, á diez y ocho millas de German-Town, dejó su campamento el 4 de octubre al anochecer, y en la mañana siguiente atacó las líneas inglesas. Al centro se dirigieron sus principales esfuerzos; pero al mismo tiempo debia ocupar las dos alas para que no fuesen á socorrer á los cuerpos intermedios. Salieron bien las primeras cargas y las tropas americanas pene-

traron en German-Town; pero no pudieron conseguir desalojar al coronel Musgrave de un edificio donde estaba atrincherado con algunas compañías de infantería. No fueron atacadas las dos alas del ejército inglés como lo habia mandado Washington; fueron al socorro del centro, y los Americanos, perdiendo las ventajas que habian obtenido, fueron á su vez forzados en sus posiciones. Cundió el desórden por sus filas y fué imposible rehacerlos. Habian perdido en esta accion mil y doscientos hombres, y Washington se replegó detras del curso del Perkiomi, desde donde volvió á las orillas del Schippach, allí trabajó de nuevo para reparar sus pérdidas, para reanimar la confianza de sus tropas, para volverlos á poner en estado de entrar en campaña, y de volver á cojer la fortuna que les habia escapado dos veces. No le imputó el congreso su infortunio; honró la virtud desgraciada, alabó la habilidad del plan concebido por el general y solo hizo recaer la culpa sobre algunos hombres que no le habian secundado.

Si reunimos los datos de los principales sucesos militares que tuvieron lugar en las rejiones vecinas del Hudson y del Delaware, vemos que la victoria igualaba entónces sus favores entre ambos partidos. El 11 de setiembre habia ganado el general Howe la batalla de Brandywine y el 4 de octubre habia conseguido una segunda victoria en Jermantown; mientras que Burgoyne, peleando contra los Americanos desde el 19 de setiembre, sufría el 7 de octubre en Saratoga una sangrienta y decisiva victoria y se hallaba precisado, algunos dias despues, á rendirse por capitulacion con su cuerpo de ejército.

Las noticias de estos reveses y de estas victorias llegaron á Europa á un mismo tiempo, y las negociaciones que los enviados de los Estados Unidos seguian con la Francia, tomaron una nueva actividad. Si los reveses hacian poner una gran importancia en obtener los socorros de un poderoso aliado, las victorias

manifestaban todo lo que los Americanos podian hacer en su propia defensa; honraban su patriotismo y valor; apreciaban dignamente su amistad, y las dos naciones se sentian dispuestas por una mútua estimacion á caminar bajo las mismas banderas. Podríamos aun añadir que las penosas pruebas que habia tenido que sufrir el ilustre general americano inspiraron un interés mas vivo á favor de la causa de que él era defensor infatigable y virtuoso. Solo se podia considerar á este hombre con gran veneracion á su favor, cuando, siempre grande en el infortunio, hacia constantemente frente á los victoriosos, alentaba con el ascendiente de su carácter los ánimos que ya desfallecian, y arrancaba al enemigo el fruto de sus ventajas. En Francia se alababa la habilidad del general Gates y el valor de sus tropas al triunfar del general Burgoyne; pero el nombre respetable de Washington, superior hasta en sus desgracias, recibia otros homenajes; y la política de un gobierno ilustrado, y las inclinaciones de una nacion sensible á todo lo que es grande y hermoso, se dejaban influir por tales sentimientos. Luis XVI mandó declarar á los enviados americanos, en 16 de diciembre de 1777, que la Francia concluiría con ellos un tratado y que apoyaría con todas sus fuerzas la causa de los Estados Unidos. Desde este momento se siguieron con un interés mucho mas vivo todos los acontecimientos de una guerra en la cual iban á tomar parte y que se consideraba como nacional.

Los Ingleses abandonaron German-Town algunos dias despues de la batalla que se dió allí, y se replegaron sobre Filadelfia. Su intencion era apoderarse de los fuertes que aun ocupaban los Americanos en el curso inferior del Delaware. El fuerte Mercer, situado á la punta de Red Bank, fué atacada por los de Hesse, el 22 de octubre; pero fueron rechazados y el coronel Donop que los mandaba, murió de resultas de sus heridas. No tuvo mejor éxito un ataque dirigido al mismo tiempo con-

tra el fuerte Mifflin; pero los Ingleses lo renovaron el 15 de noviembre con mas tropas y artillería: sus baterías derribaron inmediatamente los atrincheramientos; los fosos fueron llenados; se preparaban para asaltarlo al dia siguiente, pero la guarnicion americana, demasiado débil contra la fuerza sitiadora, se retiró durante la noche, y llegó al fuerte Mercer. Este puesto fué tambien evacuado en seguida por los Americanos, al acercarse lord Cornwallis, que habia pasado á la orilla izquierda del Delaware para tomarlo á viva fuerza: una diversion, practicada por el general Greene para proteger esta fortaleza, tuvo mal éxito.

La toma de estos dos puntos no aseguraba aun á los Ingleses la libre navegacion del rio, en el cual tenian los Americanos una escuadra de diez y siete buques; pero los Ingleses lograron bloquearla estrechamente; la rechazaron á las aguas superiores, y cuando no pudieron defenderse mas, la incendiaron para que no cayese en poder del enemigo y aumentase sus fuerzas navales.

Las ventajas que habia sucesivamente logrado el general Howe, no le hacian dueño de la campaña: habianse disputado aquellas mucho tiempo, y Washington tuvo el necesario de recibir refuerzos: el general Gates le llevó cuatro mil hombres del ejército del norte; se reunieron con él en las riberas del Schippach, que seguía ocupando, y con ellas ascendieron sus tropas á quince mil hombres. Washington trasladó su campamento á Wite-March, y el general Howe, que se le aproximó el 4 de diciembre, no pudiendo ni forzarlo en sus líneas, ni sacarle de aquella posicion, resolvió, despues de haberse cansado inútilmente con marchas y contramarchas, tomar cuarteles de invierno en Filadelfia; Washington se estableció tambien en Walley-Forge, situado en la orilla derecha del Shuylkill. La estacion era demasiado rigurosa para que pudiera el ejército mantenerse en sus tiendas: se construyeron barracas y chozas en algunos dias; y

después de una penosa campaña de cuatro meses, el ejército americano tuvo esperanzas de gozar algún reposo bajo estos informes abrigos. Allí estuvo espuesto á nuevas privaciones. En breve se agotaron los almacenes de víveres; el país vecino no podía ya abastecer de provisiones, y los habitantes mas lejanos apenas traían ningunas, sea que estuviesen ya empobrecidos por la guerra, sea que el aliciente de la ganancia decidiese á un gran número de ellos á conducir sus provisiones á Filadelfia, donde estaban seguros de recibir el precio inmediatamente, mucho mejor que en Walley-Forge, donde solo les podían dar promesas de pago.

El ejército americano se hallaba así amenazado de una carestía absoluta: le faltaban almacenes de armas y de vestuarios, y para atender á sus necesidades, le era preciso recurrir á requisiciones; pero cuanto mayor era el rigor que se empleaba en estas, mas cuidado tenían los habitantes de esconder sus postreros recursos, á fin de reservarlos para sí mismos. Se procuraba á cualquier precio hacerse con efectos de equipo y de subsistencia, y el congreso multiplicó, para pagarlos, las emisiones de papel moneda: pero cuanto mayor era la cantidad que circulaba, mas disminuía su valor, y no tardó este descrédito en ser ilimitado. El congreso creyó remediar el mal, fijando un *maximum* por precio de todos los artículos necesarios: esta medida acabó de alejar á los vendedores, y no hizo mas que aumentar la escasez: los artículos sometidos á esta tarifa se hicieron muy escasos, y para que volvieran á comparecer en los mercados, fué preciso permitir de nuevo la libre fijación de su precio.

La dificultad de conducir al campamento las pocas provisiones que se obtenían por medio de compras ó requisiciones exijía otros esfuerzos: faltaban carros y tiros, y muchas veces tenían que hacer estos penosos trasportes los mismos soldados. La mayor parte iban descalzos y sus vestidos se caían á pedazos; no se hu-

biera creído que estos hombres, medio desnudos, estenuados por las privaciones y las fatigas, perteneciesen á un ejército, si su corazón no hubiese estado constantemente animado de un fuego heroico, y si dos poderosos móviles de nuestras acciones jenerosas, el amor patrio y el de la gloria, no los hubiese sostenido en medio de las adversidades, y no les hubiesen mostrado en perspectiva la palma que debía coronar sus trabajos.

No obstante las miserias del ejército eran tan grandes que algunas veces se levantaban violentos murmullos contra el jeneral: los revoltosos le echaban la culpa de las calamidades sufridas, fuese por las vicisitudes de la guerra, fuese por la falta absoluta de provisiones, se habia formado un partido poderoso á favor del jeneral Gates; y la habilidad y prevision de Washington se ponían en duda porque no habia podido siempre vencer la superioridad de número de sus enemigos, y todos los males que habian desencadenado contra él el rigor de la estación, la estenuación de la tierra y la mala voluntad de las facciones.

En esta época fué tambien cuando una comision militar propuso al congreso enviar un cuerpo de ejército al Canadá: se queria dar el mando á La-Fayette, en la persuasión de que un nombre francés podría hacerse popular en este país, y sublevar en él un poderoso partido; pero cuando este nuevo jeneral pasó á Albany para ponerse al frente de las tropas que debían reunirse en él, no las encontró y fué luego llamado al campamento de que habia salido. Washington no habia sido consultado sobre este proyecto de expedición, y las invasiones primeras del Canadá habian tenido un resultado tan infructuoso, que podia considerarse como intempestivo renovar entonces una expedición semejante.

En tanto que se formaba sin él un plan militar tan prontamente concebido y abandonado, en tanto que se trataba de darle por sucesor del

vencedor de Saratoga, y que se dirijan cartas anónimas, falsos rumores é intrigas secretas contra Washington, este gran ciudadano, constante en su deber, se aplicaba á consolar al ejército, á retener bajo sus banderas los hombres cuyo enganche habia concluido, á conseguir nuevos premios para los que sirviesen hasta el fin de la guerra, á concertar todos los medios de volver á emprender, á la entrada de la primavera, el curso de las operaciones militares. Ningun fin ambicioso le habia decidido á aceptar el mando del ejército, y estaba pronto á renunciarle luego que no le apoyasen en este honroso y difícil empleo los deseos que le habian hecho tomarle: pero las quejas de sus enemigos no fueron atendidas por el congreso; una virtud tan acrisolada triunfó de ellas, y le fué aun confiada la suerte de su patria, ligada entonces estrechamente con las operaciones de la guerra.

En estos momentos de crisis, cada dia progresaban las negociaciones entabladas con el gobierno francés por Benjamin Franklin, Silas Drane y Enrique Lee. La Francia se preparaba al mismo tiempo para la guerra; era necesario que tuviese sus fuerzas prontas al momento que se declarase aliada: toda proclamación prematura comprometeria su dignidad, su poder y haria menos eficaz su cooperación.

La Francia tenía tambien que evitar otro escollo: sabia que el gobierno británico trataba entonces de reconciliarse con los Americanos, y que si lo lograba, tenía intención de reunir las fuerzas de ambos pueblos y dirijirlas contra la Francia. Los favores dispensados á los Estados-Unidos por el gobierno francés, los acopios que habian aquellos hecho en este reino, y los envios de armas y municiones que el comercio les habia facilitado, anunciaban una próxima alianza entre las dos naciones: la Inglaterra la queria impedir, y sabiendo que los enviados del congreso estaban autorizados para entablar una negociación en Londres lo mismo que en Paris, y

consentir en un tratado de paz que reservase y asegurase su independencia, se mostraba dispuesta á hacer en su favor los mayores sacrificios, si podía contar con su cooperación en la guerra que iba á estallar entre las dos coronas.

En una posición tan delicada, el gobierno francés queria estar seguro de que si él apoyaba con sus armas la causa de los Estados-Unidos, el congreso no haria la paz sin él. La prudencia le inducía á temporizar hasta que hubiese puesto en seguridad los intereses de la Francia y que hubiese consolidado sus relaciones amistosas con las demás potencias del continente. Sus miras nada tenían de provocante para ellas, y su mediación á favor de los Americanos era justificada por ejemplos análogos. ¿No habia la misma Inglaterra alentado y apoyado en Córcega los esfuerzos de Paoli cuando este hombre célebre quiso hacer independiente su país? ¿No habia sido varias veces incitada la Grecia á sacudir el yugo de la Puerta otomana? Si la emancipación de algunos pueblos europeos habia hallado protectores, ¿era extraño favorecer la de un gran país, separado de sus antiguos dueños por el Océano, y ya desprendido enteramente de ellos por muchos años de guerra, y por una diferencia de intereses que no permitía ya que otra vez dependiera de ellos? El apoyo dado á la independencia de los Americanos, algun tiempo después del primer desmembramiento de la Polonia, era una especie de satisfacción que se hacia á la gran familia de la humanidad. Iba á levantarse un pueblo nuevo, brillante en juventud y fuerza, y la Francia ponía gran gloria en secundar deseos tan nobles: el rango que ocupaba en la civilización, y el hábito que habia contraído de favorecer los progresos, debían guiar su política y contribuían á hacerla mas jenerosa.

No tardó la Francia en dar una prueba de sus nobles disposiciones en cláusulas de los tratados que concluyó con los Estados-Unidos, y fueron firmados en 6 de febrero de 1778.

Estos tratados consagraron los principios del derecho de gentes y de la libertad comercial, proclamados altamente por aquel gobierno, y por cuyo sostén debía aun combatir. Introduciendo los Americanos estas máximas en sus primeros tratados, los convirtieron en base de sus ulteriores transacciones con otros estados, y la Francia debe honrarse del influjo que pudo ejercer en aquella época sobre el carácter de su legislación marítima.

Estos tratados dejaron á cada una de las dos potencias libertad de modificar á su gusto sus reglamentos relativos al comercio y á la navegación, y la de hacer á los otros estados partícipes de las ventajas que se concedían mutuamente una á otra. Las relaciones del comercio solo debían fundarse en su utilidad recíproca y en leyes de una justa competencia, y el gobierno francés había declarado solemnemente que no tenía pretensiones á concesión alguna exclusiva: hasta deseó facilitar mas el comercio de los Estados Unidos, ya sea concediéndoles en Europa ó en las Antillas varios puertos libres, ya sea empleando su influjo con las rejenias berberiscas, para que no cometiesen violencia alguna contra los navegantes americanos.

Los dos pueblos se concedieron todos los favores y todas las libertades que podían multiplicar sus relaciones. Se suprimieron entre ellos los derechos del fisco rejio en los bienes de los extranjeros que muriesen en donde no estaban naturalizados: en los estados de uno y otro debían gozar mutuamente todas las ventajas concedidas á la nacion mas favorecida: se prometían recíprocamente asilo y auxilio para todos sus buques en riesgo inminente: toda mercadería, recobrada de los piratas, debía volverse á su propietario; las presas hechas al enemigo podían entrar libremente en los puertos de ambos aliados: ningun habitante del uno podía armarse en guerra contra el otro.

Se admitia como principio de derecho marítimo, que el pabellon cubria la mercadería; que si el buque

era amigo, se debía considerar como tal el cargamento, y enemigo, si el buque en que iba lo era.

Las embarcaciones mercantes de ambas partes podían navegar libremente con todas las mercaderías cargadas á su bordo, cualquiera que fuese el propietario y de cualquiera parte que viniesen. Podían frecuentar puertos y ensenadas de las potencias enemigas, pasar de un puerto enemigo á otro neutro, y hasta de un puerto enemigo á otro enemigo: se exceptuaba el trasporte del contrabando, y era lícito cojerlo: pero todas las demás mercaderías podían conducirse libremente á su destino. Con este nombre de contrabando se designaban armas, municiones, los instrumentos de guerra, y no se comprendían bajo esta denominación las provisiones que sirven para alimento del hombre y sosten de la vida, los metales, las maderas y los demás artículos que no tuviesen forma de un instrumento de guerra por mar ó tierra. Se debían dar á los buques pasaportes y certificados de cargamento, cuando una de las dos partes estaba en guerra, á fin de hacer constar la naturaleza de su expedición: se suprimía toda fórmula molesta á las visitas de los barcos y solo se hacia con el objeto de examinar sus pasaportes y verificar su propiedad.

Firmando con los Americanos este tratado de amistad y comercio, el gobierno francés no declaraba la guerra á la Inglaterra, pero sus nuevos vínculos le hacían prever que incesantemente podía alterarse la paz entre las dos coronas: fué concluído un tratado de alianza para este caso eventual, y la Francia y los Estados Unidos resolvieron concertar sus proyectos y esfuerzos contra todo ataque del enemigo. El objeto esencial de este tratado era mantener la libertad, la soberanía y la independencia absoluta é ilimitada de los Estados Unidos. Si una de las dos partes formaba alguna empresa y necesitase en ella del socorro de la otra, esta se uniría á ella para obrar de acuerdo mientras su propia situación se lo permitiese. En caso de que

los Estados Unidos intentasen reducir el poder británico, bien fuese en las rejiones de la América septentrional que aun le obedecían, bien fuese en las Bermudas, las conquistas que hicieren serian suyas: si la Francia creía conveniente atacar las islas inglesas de las Antillas, también conservaría sus conquistas. Ninguna de las dos potencias concluiría la paz con la Gran Bretaña sin haber obtenido el consentimiento de la otra parte; y ambas se obligaban á no dejar las armas, antes de que la independencia de los Estados Unidos quedase asegurada con los tratados que terminasen la guerra.

La noticia de estas obligaciones se supo luego en Inglaterra. El mismo gobierno francés no esperó para confesar oficialmente sus transacciones, que hubiesen sido ratificadas por el congreso. El marqués de Noailles, embajador de Francia en Londres, declaró el 13 de marzo que se había concluído un tratado de amistad y de comercio entre Su Majestad Cristianísima y los Estados Unidos; que ambas partes contratantes habían tenido cuidado en no estipular ventaja alguna exclusiva en favor de la nacion francesa y que los Americanos tenían la facultad de tratar con todas las naciones bajo el mismo pié de igualdad y de reciprocidad. Esta declaración hacia también conocer que la Francia estaba decidida á proteger eficazmente la libertad legítima de su comercio y el honor de su pabellon, y que de consiguiente había tomado algunas medidas eventuales con los Estados Unidos.

Jamás se había recibido en Francia resolución alguna con mayor favor. Presentábase la ocasion de reparar grandes pérdidas; pero no pensaban reconquistar en el continente americano antiguas posiciones abandonadas; hasta habían declarado formalmente que renunciaban á ellas. Hacia tomar las armas una política mas ilustrada, y la Francia veía en el desmembramiento de las posesiones de la Inglaterra la fundación de una nueva potencia.

Franklin, uno de los hombres que

mas habían contribuído á la alianza de los Estados Unidos con la Francia, vió entónces á Voltaire, que acababa de gozar en Paris de sus últimos triunfos. La entrevista de estos hombres célebres tuvo lugar en marzo de 1778, y despues de la conversacion que tuvieron juntos sobre intereses de tanta entidad, presentando Franklin su nieto al anciano de Ferney, le pidió que lo bendijera: «¡Dios y la libertad! dijo Voltaire, he aquí la sola bendicion que conviene al nieto de Mr. Franklin.» Estos últimos deseos de un hombre, cuyos escritos tuvieron tanto influjo en la marcha de nuestro siglo, nos han parecido dignos de ser consagrados en la historia.

Inmediatamente despues de haber recibido la notificacion del gobierno francés, el rey de Inglaterra mandó venir de Paris á su embajador y dirijió, el 17 de marzo, un mensaje al parlamento para obtener los medios de sostener con vigor la guerra que iba á empeñarse. En la cámara de los comunes se discutió si convenia procurar reconciliarse con los Estados Unidos, reconociendo su independencia, ó sostener á la vez la guerra con la Francia y con los insurreccionados: se adoptó el último parecer. En seguida se abrió la misma discusion en la cámara de los pares, y en esta circunstancia solemnemente el conde de Chatam tomó la palabra por la última vez. Este gran ministro había propuesto muchas veces medios de reconciliacion entre la Inglaterra y las colonias, y se había pronunciado contra las medidas impolíticas que habían acarreado su separacion; pero aun esperaba que no sería irrevocable esta desunion; se indignaba que quisiesen hacer renunciar su país á la soberanía de la América y reunió las pocas fuerzas que le quedaban para levantar su voz contra el desmembramiento de esta antigua y noble monarquía. Tampoco quería que la Inglaterra cayese postrada á los pies de la casa de Borbon, y si no podía mantenerse la paz, pedía que se empezase la guerra sin vacilar. La agitacion y desorden de esta discusion

agotaron sus fuerzas desfallecientes; se desmayó en medio del parlamento, y llevado á su casa sin conocimiento, algunos días despues exhaló el último suspiro. Su muerte fué en Inglaterra un motivo de luto. El hombre de estado, el orador era igualmente ilustre: fué enterrado al lado de los reyes en la abadía de Westminster.

Mientras que en Europa se hacian los preparativos de guerra, los tratados concluidos entre la Francia y la América eran ratificados por el congreso, que los recibió el 5 de mayo, con vivas muestras de reconocimiento. Luis XVI fué honrado como bienhechor de los Estados- Unidos y se esperó con una nueva confianza el feliz éxito de una causa que acababa de obtener un protector tan fuerte y jeneroso. En medio de los campamentos se proclamó tambien la alianza de ambos países, y se acogió esta satisfactoria noticia con los mismos sentimientos de afecto.

Estaba asegurada la union de ambas potencias cuando muchos comisionados británicos llegaron el 9 de junio á Filadelfia, con la mision de negociar una reconciliacion entre la Inglaterra y los Americanos. Proponian la cesacion de las hostilidades, la continuacion del comercio, la exoneracion de las deudas de la América, el establecimiento de otra especie de administracion. Las colonias tendrian diputados en el parlamento británico; establecerian ellas mismas las bases de su legislacion y de su administracion interior; sus recursos y sus fuerzas estarian unidas á las del reino, tanto en la paz como en la guerra, y finalmente gozarian de todos los privilegios compatibles con la libertad británica.

Por mas estensas que fuesen estas concesiones, el congreso no veía en ellas un reconocimiento formal de la independenciam de los Estados- Unidos. Declaró que este solo reconocimiento podria ser la base de una negociacion, y fueron desechadas todas las proposiciones de los comisionados ingleses. La decision de esta gran disputa continuó pues abando-

nada á la suerte de las armas.

Las tropas americanas parecian deber estar entónces oprimidas con tan penosa carga, y la constancia de Washington tenia que padecer los mas difíciles sufrimientos. Los progresos del hambre y la insuficiencia de las provisiones proporcionadas por las administraciones obligaron muchas veces á este jeneral á procurarse víveres y forrajes con destacamentos armados. Los jenerales Wayne y Greene, el coronel Tilgman y el capitán Lee fueron enviados á los países vecinos para procurar provisiones. La desertion fué otra calamidad: muchos hombres abandonaron sus banderas. Las milicias, cuyos empeños acababan de espirar, no fueron completamente reemplazadas, y el ejército de Valley Forge solo tenia cinco mil hombres el 1.º de febrero, aunque al principio contase catorce mil.

La situacion del jeneral inglés era mas favorable; invernaaba en un país rico; la abundancia reinaba en sus acantonamientos, y sus tropas eran mas numerosas. Con todo, apesar de su superioridad nada de importante intentó durante el invierno; por ambas partes se limitaron á algunas incursiones, y tiroteos de los puestos amenazados. Washington hacia guardar cuidadosamente las cercanías de su campamento; y dos mil hombres de tropas escogidas fueron puestas á las órdenes de Lafayette que debia mudar muy amenudo de posicion para inquietar al enemigo é impedirle que se extendiera en el interior.

Lafayette se adelantó hasta ocho millas de Valley Forge, y ocupaba la posicion de Barren-Hill, cuando el jeneral Howe concibió el proyecto de sorprenderle. Un cuerpo de cinco mil Ingleses, á las órdenes del jeneral Grant, tuvo el encargo de cortarle la retirada, y este cuerpo, enviado en la noche del 19 de mayo, fué efectivamente á situarse entre él y el ejército americano, pero Lafayette, habiendo tenido el aviso de este movimiento antes de que se hubiese verificado, se apresuró á alcanzar el Schuylkill. Sus manio-

bras contuvieron á las tropas enemigas; pasó el río por el vado de Matson sin sufrir resistencia alguna, y felizmente se unió al campamento de Valley Forge.

Poco despues, el jeneral Howe dejó el mando del ejército británico sucediéndole Enrique Clinton, que acababa de llegar á Filadelfia. Estaba resuelto el proyecto de evacuar esta plaza y dirigir á otro punto las operaciones militares, y el jeneral Clinton hizo todos los preparativos de marcha. Su intencion era irse á Nueva York, atravesando el Nuevo Jersey, y como esta provincia, agotada ya por la guerra, no le habria proporcionado provisiones, quiso abastecerse de ellas, y las tomó bajo su escolta. El ejército inglés abandonó Filadelfia que habia ocupado durante nueve meses: el 22 de junio pasó el Delaware, desembarcó en Gloucester y subiendo la orilla izquierda del río, se dirigió luego á Allen Town, desde donde podia tambien pasar á Brunswick ó á Monmouth.

El mismo día habia abandonado Washington su campamento de Valley Forge é iba á observar los movimientos de aquel ejército, para aprovecharse durante su marcha de la ocasion de atacarlo victoriosamente. Ya habia enviado al Nuevo Jersey á los jenerales Dickenson y Maxwell para cortar los caminos y embarazar la marcha del enemigo. En seguida un consejo de guerra tuvo que deliberar acerca de si se limitarían á hostigar la retirada del enemigo ó si se daría una batalla jeneral. Washington era del último modo de pensar; pero la mayor parte de los jenerales opinaban al contrario; y el jeneral Lee principalmente creía que seria imprudente arriesgar en una batalla la suerte de una campaña que estaba á punto de acabarse con la retirada del enemigo.

Por de pronto evitaron una batalla campal; pero habiendo Washington hecho hostigar vivamente la retaguardia británica, tuvo esta que batirse con la vanguardia americana, el 28 de junio, cerca de Monmouth, en el Nuevo Jersey. Clinton,

para no esponer los numerosos bagajes de su ejército, los acababa de hacer desfilas rápidamente hácia Middletown: tomó con Cornwallis el mando de la retaguardia que empezaba á ser atacada, y sus primeros avances rompieron la vanguardia americana á las órdenes del jeneral Lee: esta retirada, que se hizo muy desordenadamente, fué muy difícil de reparar. Washington se adelantaba con su cuerpo de ejército, y con sus esfuerzos valientes y constantes logró reanimar el combate, sostenerlo con ventaja y rechazar al enemigo. Sobrevino la noche y Washington la pasó sobre el campo de batalla: intentaba renovar la accion á la mañana siguiente; pero Clinton, continuando su marcha á favor de la oscuridad, se habia rápidamente dirigido sobre Middletown, á donde habian llegado sus numerosos convoyes. La escuadra inglesa, salida del Delaware, llegaba al mismo tiempo á Sandy Hook: Clinton y su ejército fueron á embarcarse en ella para Nueva York, donde se hallaban entónces reunidas las principales fuerzas británicas.

La guerra iba á recibir nuevos desarrollos, y sus operaciones, que hasta entónces se habian limitado al continente y á las aguas de América, iban á invadir diferentes rejiones del Océano. Las hostilidades entre la Francia y la Inglaterra principiaron el 17 de junio de 1778 con el ataque de dos fragatas francesas, la *Licorne* y la *Belle Poule*, encontradas por la escuadra del almirante Keppel. La guerra no habia sido aun declarada, y el comandante de la *Licorne*, habiendo accedido á la intimacion que se le hizo de pasar á la popa del almirante inglés, fué retenido prisionero con su buque: el capitán de la *Belle Poule* no cedió á la intimacion: sostuvo un glorioso combate con la fragata inglesa *Arctusa*, y despues de obligarla á alejarse, fué á anclar en las costas de Francia, cerca de Plouescat.

Otras hostilidades se siguieron á la señal de guerra que se acababa de dar: una escuadra francesa de trein-